



RECOMENZAR

Normalmente el ser humano no consigue las cosas al instante, sino que se precisa constancia hasta alcanzar las metas. Las metas valiosas requieren sucesivos esfuerzos, más o menos duraderos, y muchas veces es necesario recomenzar.

Recomenzar es una palabra que puede ser latosa o estúpida. A veces da la sensación de pesadez porque incluye la idea de *otra vez lo mismo*, y esto implica algún cansancio o fastidio.

Pero también puede ser una palabra maravillosa, cuando va unida a un ideal grande que se desea conseguir. Uno dice: *lo intento de nuevo*. Y resurge el ánimo de logro.

Las dos posibilidades se presentan al alcance de un clic. Con un breve pensamiento uno elige una vida cargante o maravillosa. La constancia siempre va a ser necesaria, pero uno puede afrontar los esfuerzos como una pesadez o como un reintento estúpido.

Curiosamente, la mayoría de las personas optan por una vida pesada. Seguramente ahora mismo algún lector prefiere para sí una vida latosa. El motivo de semejante estupidez es muy sencillo: una vida pesada es más cómoda. No más feliz, sino más cómoda.

Más cómoda porque basta seguir unas rutinas aburguesadas, sin esfuerzos añadidos. Es una



vida somnolienta, tristonra, apagada. Más confortable, pero menos feliz.

En cambio, llevar una vida maravillosa reclama cuidados, atención, nuevos intentos, búsquedas continuadas, recomenzar las ilusiones. Es una vida vivida, despierta, luminosa. Podemos considerarlo en tres campos: en el trabajo, en el matrimonio y en la vida cristiana.

Recomenzar el trabajo

En una ocasión, preguntaban a un célebre actor sobre la interpretación que consideraba mejor de toda su carrera artística. El entrevistado relató la siguiente historia.

Era su época de actor de teatro, anterior a su triunfo ante las cámaras. Formaba parte de una compañía e iban de ciudad en ciudad representando una función. Solían estar una semana en cada lugar.

Allí los artistas se centraban especialmente en la primera actuación, con el fin de cobrar fama y que la gente acudiera los días sucesivos. En cambio, eran menos cuidadosos en la última jornada, porque ya se iban a otra ciudad y el éxito apenas importaba.

El día que nuestro actor recordaba con cariño era el último de permanencia en una ciudad, y él se encontraba cansado y algo apático. Se disponía a cumplir por cumplir, sin mayores entusiasmos. Como era buen profesional, saldría bien del paso, aunque su actuación resultara algo anodina.

Poner el alma en una representación tiene su importancia porque da un brillo especial a la escena. Imaginemos a Romeo diciendo “Julietta te amo”. Si lo dice apasionadamente, el público vibra y conecta con la escena. En cambio, si lo pronuncia bien pero cansinamente, el público quizá no se dé cuenta, pero no queda encandilado.

El caso es que nuestro actor comenzó su interpretación con ese bajo estado de ánimo que le dominaba. Actuaba bien, correctamente, pero sin el genio del entusiasmo.

En un momento de la trama, la acción se desarrollaba en una esquina del escenario mientras él permanecía al otro lado esperando su lugar de intervenir.

Nuestro protagonista aprovechó el breve descanso para echar una discreta ojeada al público. Todo estaba normal. De pronto, vio

que al fondo del patio de butacas, dos ojos miraban hacia él. En vez de seguir la actuación principal, se fijaban en él.

Poco después, hubo otra situación similar, y aprovechando la pausa volvió a observar al público. Comprobó de nuevo que esos ojos le seguían a él. Un admirador. A una persona del público no le interesaba tanto la obra de teatro sino más bien estaba pendiente de su interpretación. Tenía un admirador entre los asistentes.

Esto le hizo rearmar sus ánimos. Se autoimpulsó. Cobró intensidad y realizó la mejor interpretación de su carrera. Enormes aplausos. Al acabar tuvo que salir a saludar varias veces.

El actor de nuestra historia se proponía seguir una serie de buenas costumbres. Esto no es malo. Es bueno, muy bueno si las costumbres lo son. Sin embargo, a su recommienzo le faltaba una chispa de genio, de vida.

Se iba a limitar a cumplir. Esto no es malo. Es bueno. Pero notamos que a ese cumplimiento le falta algo vital. ¿Qué le falta? Puede decirse que se nota la ausencia de amor. O de generosidad en el amor. Podría decirse que su amor languidecía.

En este caso, faltaba una pizca de amor a su profesión. Se proponía trabajar bien, pero sin excesos, sin generosidad. Amaba su trabajo, pero no mucho. Su deseo de cumplir nos muestra que se interesaba por sus tareas. Pero su apatía momentánea señala que en esos instantes su amor era limitado.

El admirador le hizo darse cuenta de su tacañería. Reaccionó, y su recommienzo generoso le condujo a una tarde memorable.

Observamos un detalle más. La generosidad en el amor es independiente de tener un carácter más o menos apasionado. Nuestro actor podía ser flemático y sentirse apático, como de hecho se sentía. Pero reaccionó generosamente y su

amor recommenzado le sacó de la apatía y lo llenó de vida.

Se esforzó más, pero vivió más. Fue una tarde gloriosamente vivida porque el amor al trabajo creció, y ganó en generosidad. Con independencia del carácter o sentimientos propios.

En el matrimonio

Igualmente, en un matrimonio puede haber momentos de somnolencia y apatías donde el amor parece apagado. Sin embargo, **basta añadirle una pizca de generosidad y vuelve a brillar**. El detonante puede ser una sonrisa, una pequeña alabanza, un detalle de servicio, una ligera muestra de afecto...

Cualquier cosa que reanime la generosidad en el amor puede hacer que todo cambie. Lo que parecía apagado se reactiva. Deja de ser un buen inicio rutinario, y pasa a ser un recommienzo maravilloso, que origina una vida mucho más interesante.

Los ingredientes son los mismos que antes: añadir amor y generosidad. Amor que desea el bien de otros. Generosidad que supera los propios gustos. El artista quiso hacer feliz al admirador y venció sus sentimientos apáticos. El cónyuge busca el bien del otro y olvida sus apetencias.

En la vida cristiana

También el amor a Dios necesita recommienzos elevados. Un reinicio rutinario está bien, pero le falta vida. El amor al Señor requiere cultivo, cuidados, atenciones y generosidad. Solo la chispa de generosidad añade el impulso que transforma la vida y convierte al hombre en un cristiano-cristiano.

Llevar una vida de cristiano rutinario está bien, muy bien. Pero le falta algo. Una vida así es poco atractiva. Recommenzar este tipo de vida está bien, pero suena latoso.



Sin embargo, basta añadir un poco de amor-generosidad y todo se ilumina. Lo que parecía pesado suena maravilloso. Esos esfuerzos son quizá pequeños, pero transforman la vida.

Son esfuerzos, y la comodidad protesta por esa alteración en su rutina. Pero avivan el amor y despiertan la vida cristiana que pasa a ser más interesante.

En nuestras manos está la elección. Podemos optar por una comodidad pastosa o por un amor generoso. ¿Qué decidimos? ¿Realmente deseas la comodidad? **Demos el clic de la generosidad y nuestra vida tendrá un recomienzo luminoso.**

Se habla aquí de esfuerzos, muchas veces inevitables. Sin embargo, hay bastantes casos donde la mejoría es muy fácil. Un recomienzo brillante no siempre es costoso. Introducir un poco de amor puede ser realmente sencillo. Veamos unos ejemplos para la vida cristiana:

Uno hace una genuflexión bien hecha, adorando sinceramente a Dios, añadiendo unas palabras afectuosas y tal vez una sonrisa. No ha habido grandes esfuerzos, pero se ha incluido una chispa de cariño que lo cambia todo.

Uno ve un crucifijo, recuerda lo que el Señor padeció por nosotros y le dice: *¡Gracias, muchas gracias!* El esfuerzo es mínimo, pero el amor se reactiva. Lo mismo sucede si uno saluda afectuosamente a nuestra Señora al ver una imagen suya. No cuesta nada, pero el amor recomienza.

Muchos reinicios incluyen el requisito de confesarse, que es un modo excelente de recomenzar. Aunque puede hacerse rutinariamente. En cambio, si uno añade al arrepentimiento un dolor de corazón más sincero, su confesión mejora, ilumina la vida e invita a dar gracias a Dios por sus dones. Pedir perdón a Dios atentamente no es muy difícil, y este cuidado cambia muchas cosas.

Una vida rutinaria será muy buena si las costumbres practicadas lo son. Pero puede resultar algo monótona y aburrida. Añádase un poco de atención, amor y generosidad, y esos mismos momentos pasan a ser memorables. Recomenzar a obrar bien es muy bueno, pero será maravilloso si se añade la chispa del cariño.



DECÁLOGO DEL BUEN CRISTIANO

Empieza un nuevo año. Todos tenemos muy buenas intenciones y nos pasamos la Noche del 31 de diciembre anotando propósitos que quizá hemos intentado alcanzar año tras año. Es el momento de priorizar, hacer parón y pensar en cómo quiero que sea mi vida. ¿De qué me vale dejar de fumar si me alejo de Dios Padre? ¿De qué me vale acudir regularmente al gimnasio, si no conozco la vida de mi Salvador? ¿De qué me vale aprender inglés si la comunicación con mi Ángel de la guarda es nula? ¿De qué me vale proponerme tratar con cariño

a mi familia, si tengo abandonada a mi Madre del cielo?

Vamos a ser serios. Al menos en estos comienzos de enero pensemos con miras más elevadas y procuremos que a partir de ahora mi vida esté más llena de oración, lectura espiritual, ayuda al prójimo, sacramentos y ansias de agradecer a Dios.

Sin ánimo de establecer una lista cerrada, proponemos reflexionar sobre diez cosas que quizá nos ayuden a empezar...y a seguir en febrero, marzo, abril... ¡Ánimo!

